

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.
Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.
Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
En provincias.	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios morales y políticos: *Prestigio de la madre en el hogar doméstico*, por D. Leandro A. Herrero.—*Á Numancia*, soneto, por D. Constantino Gil.—Galería histórica: *Blanca de Navarra*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Nostalgia*, poesía, por don Carlos Cano y Nuñez.—*Mariquilla la idiota*, (Continuación) novela, por doña Rogelia Leon.—*La Catarata*, poesía, por D. A. Hurtado.—*El Miedo*, por D. Alejandro Buchaca y Freire.—*Canzures*, por D. Rafael de Nieva.—Revista de modas: *Correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—Explicación del pliego de dibujos.—Variedades.
Nuestro trece de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

PRESTIGIO DE LA MADRE EN EL HOGAR DOMÉSTICO.

Sin embargo, mi madre, que era una mujer santa y superior, procuraba de noche y día inclinarse á Dios el pensamiento mío en su nacimiento.

(LAMARTINE.—*Meditaciones religiosas*.)

El problema es averiguar cuál será mejor madre.
El conquistador la pide muchos hijos: la patria
ciudadanos robustos con un alma sana y un cuerpo

sano: el filósofo consagrado al vértigo de la *fisionomía*, la desecha los que no tengan exuberancia de masa encefálica: únicamente la civilización la exige hombres perfectos, preparados convenientemente para cumplir el destino de la humanidad.

Se dirá entonces: ¿ha de enseñar una carrera? ¿Ha de transmitir un curso de moral? No: sería desnaturalizar la misión de la mujer; habría necesidad de ocupar toda la vida en ilustrarla; la ciencia de la maternidad no se aprende: nace y se desarrolla con gérmenes particulares; porque el Decálogo entraña en su corazón y la habilita para inspirar.

La ciencia de una madre estriba simplemente en que sea como el espejo donde su hijo se retrate á todas horas, en que sea como el libro del bien, donde los niños encuentren las máximas santas de la moral estampadas con su idioma fácil y sencillo, adornadas con los supremos arreboles de lo bello. Así es cómo fecundará su alma con el riego de la sana doctrina.

Las excelencias del amor maternal la facilitan el camino; el padre, ocupado en las serias abstracciones del jefe de familia, apenas se aparece en la vida

del hogar, porque le llaman hácia el mundo su profesion ó empleo para subvenir al sosten de la sociedad doméstica; su ministerio es como una especie de sacerdocio que vela por la armonía del hogar; la madre, por el contrario, no se separa un momento de sus hijos: son como la vid y el olmo, siempre entrelazados para protegerse: á su lado crecen como los capullos de la azucena al pié de la planta madre: su gran prestigio se funda precisamente en que su ministerio se asimila á una fraternidad.

Y, en efecto: la familia se encoge ante el padre, no respira, su severa autoridad infunde grave respeto; las lecciones austeras brotan de sus labios; su consejo es imponente como el de un oráculo sagrado; las escenas solemnes de piedad y de moral son presididas por su figura majestuosa: se hace amar como un soberano. Todo esto cuadra maravillosamente al prestigio de la madre; los niños tienen en su corazon exacto equilibrio de afectos para los autores de su existencia; cuanto se disminuye la influencia del padre, otro tanto se dilata y amplifica la suya; en su presencia no tienen el más ínfimo temor; todo es expansion, alegría, animacion. Ella preside sus juegos infantiles, y recompensa con su bondadosa sonrisa: satisface su inocente curiosidad: se abre paso hácia su alma con una ternura encantadora: todo se consulta con ella: indudablemente, al par que madre, es una hermana buena y cariñosa.

La madre es como una dulce medianera, por cuyo conducto se suavizan los ásperos preceptos del padre, por cuyos labios fluyen todas las enseñanzas, con la dulzura de la miel de un panal: es un génio de bendicion interpuesto entre la autoridad rígida y la obediencia indiscutible; es el poder conciliador que todo lo regula y armoniza. De aquí su inmenso prestigio en la familia, prestigio que tanto puede influir para el bien como para el mal, y de cuya acertada direccion depende precisamente el gran secreto de educar.

Las lágrimas de una madre son un género de suplica á que nadie puede resistir, porque enternecen mas que el mejor argumento lógico: todo lo subyuga en su derredor, todo lo esclaviza: ni el hijo ni el marido pueden hacer frente á esa elocuencia cándida y amorosa que emana de los ojos de una mujer; con el llanto se piden virtudes y crímenes, y todo se concede.

El prestigio de una buena madre debe encami-

narse siempre á un objeto moral de miras elevadas de todo sacará partido para componer una leccion no hay precision de inventar novelas para formar esas dulces consejas que enseña una madre con su eterna sonrisa de candor en los labios; ella posee el don de acomodar su lenguaje á la graciosa jerga de los niños, y todas las flores retóricas no valen para la infancia lo que una sola de sus sencillas palabras.

Á refrenar la voluntad: á enriquecerla con los tesoros de la sana razon: á despertar la conciencia naciente: á morigerar los instintos violentos: á favorecer el desenvolvimiento de lo bello y de lo infinito: á desarrollar el germen de tanta virtud hermosa como el naciente corazon del hombre; á esta empresa fecunda debe encaminarse el prestigio de la madre: será como el sol vivificante de la casa, fanal de eterna caridad, por el cual los dias cruzarán hermosados por blancas auroras de júbilo y placer para las caras prendas de su corazon, siempre anhelante de encontrar á su lado el rocío de felicidad, única excelencia pura de este mundo.

Pero ¿cómo se ha de obrar tanto prodigio? ¿Qué educacion necesita la mujer para realizar esta obra? No temais; no la queremos literata, artista, enciclopedista, sabia á la violeta: su única ciencia es la moral: ella la sabe por una intuicion maravillosa: basta que la dilatemos en mayor escala, y el problema está resuelto: necesitamos una madre, y no una mujer de mundo: tratemos, pues, de formarla. ¿Y cuál es el medio universal de la educacion, el medio más poderoso que podemos crear para formar al hombre en el hogar doméstico? El ejemplo, solo el ejemplo. De nada te sirve, buena madre, explicar un catálogo de excelentes teorías, si tus acciones no se acomodan á sus principios; serás una mujer de talento, pero no una madre: arrojarás en un desierto una excelente semilla, pero nada más: no pienses inspirar si no sabes sentir.

Toda la influencia de una madre se desvirtúa, se desnaturaliza, cuando hace del hogar una estéril catedral, sin fecundarle con una sola virtud: los niños se pagan únicamente del ejemplo, porque su naciente inteligencia no puede seguir los silogismos del arte maestro de raciocinar: por imitacion lo aprenderá todo, por conciencia nada: la madre será su modelo y ellos su copia, su exacta copia, con su propio lenguaje, sus propios sentimientos, sus propias costumbres. El mejor predicamento pasa desapercibido cuando no se apoya en argumentos rea-

les, en ejemplos positivos: el orador podrá conseguir una ovación artística, pero no un triunfo completo: dominará, fascinará, arrastrará á la muchedumbre, pero su reinado morirá al nacer: solo dejará en pos de sí corazones abrumados de tédio, que se figurarán haber sido burlados una hora.

«Haz lo que te digo, pero no lo que yo hago;» es la superchería más vil con que el educador puede encubrir sus vicios ó sus crímenes: no tiene derecho á adoptar semejante fórmula, y toda su ciencia no reportará un solo beneficio á la humanidad. «Cobia mis acciones.» Tal debe ser el epigrafe de la moral de una madre: lo demás es una triste irrisión, con la que se saca al escarnio cuanto hay de más sagrado y útil para el hombre.

Si el hogar es centro de escándalo; si cobija á dos seres abyectos y degradados unidos en la espantosa perdición de los vicios, ¿de qué puede servir su prestigio á la familia? No será fácil que la eduquen, porque los corazones envilecidos no se detienen á pensar en semejante puerilidad; pero, y si educan, ¿qué enseñanza podrán ofrecer? Desdichados hijos, ¿más desdichados que el expósito á quien la Religión da un asilo y un porvenir, acaso en medio de la opulencia, no tendreis los dulces privilegios del hijo del mendigo: solos como planta en el borde de una tumba, como arena del desierto, en vano esperareis que vuestra frente se dilate al suave calor del beso de una madre desnaturalizada: vuestro padre no tendrá tiempo para dirigiros una sonrisa, porque le llama la mesa, el juego, el club, el teatro, la reunión, la orgia, la vida animal con su bárbaro torbellino de placeres, con su miserable ceguera, con su frenesí, con su demencia. ¡Andad corazones crueles y desapiadados, así comprendéis la dignidad de hombres!

El prestigio de una madre se ha de fundar precisamente en una simple regla, base firmísima de su ministerio: en hacer del hogar su templo de gracias y de virtudes, cuyas blancas paredes ofrezcan de continuo á los niños los mejores ejemplos de piedad, de honradez, de moralidad: esta es su ciencia verdadera.

Para conseguir esto es preciso que ella sea el ejemplo vivo de sus enseñanzas, que, por decirlo así, su alma pura y candorosa esté siempre flotando sobre todos los ámbitos de ese feliz recinto: es necesario que sea el espejo donde la sociedad contemple reflejados los bustos de sus hijos. Si no comprende el

bien de esta verdad indestructible, si convierte su hogar en un semillero de torpezas y de crímenes, aunque tenga la ciencia de Sócrates ó de Platon, no espere fecundar el alma de sus tiernos ángeles; conseguirá esterizarla, arrugarla, secarla para la virtud: formará hombres perdidos en vicios que solo se acordarán de sus preceptos para escarnecerlos.

Á más se estiende todavía la influencia de una madre: confidente de sus hijos, no solo saca partido de sus inocentes revelaciones, que ponen á su alcance las faltas que ellos desconocen y que confiesan sin temor, facilitando por este medio la ocasión de aplicar el dulce correctivo, sino que concilia entre ellos las pequeñas enemistades, estrechándolos de continuo con nuevos lazos de amor, y fomentando el desarrollo de este gran sentimiento, que, circunscrito á la familia en un principio, se estiende luego á la patria y más tarde á la humanidad.

Además, su prestigio debe establecer una compensación halagüeña del cariño que les nieguen los demás por cualquiera circunstancia, ya comprenda en esto al padre que se desnaturaliza, y acometido de un reflujo de ferocidad incalificable, hace víctima al hogar de sus demasías, pretende dominar por la fuerza bruta, inspirando terror á sus hijos y ensayando con ellos todos los sistemas crueles que aprende en los antros del vicio y de la miseria estrema; ya se comprendan los agravios que frecuentemente reciben de un mundo que desprecia la pobreza, la condición de los humildes, y otras mil y mil decepciones que provienen de nuestra exigua vanidad.

Así, pues, la madre ha de abrigar constantemente el noble deseo de hacer el bien sin otro premio que el que dimana del cumplimiento de sus deberes, del más precioso de sus deberes, que consiste en economizar lágrimas á sus hijos.

Procure la virtuosa madre hacer buen uso de su prestigio, y conseguirá hacer amable la autoridad paternal, hacer adorable la suya: los niños vivirán pendientes de su palabra como el pajarillo del pico de su madre: les abrirán su corazón como las flores su corola para absorber el rocío diáfano de los cielos; escribirá sus cálculos en ese corazón como en una blanda pizarra; todo serán venturas en el hogar; vivirá dichosa á la sombra del cariño del esposo, para quien será siempre como un ramo de mirra incrustado en su seno: los pequeñuelos rodearán de encantos su existencia, y ella, en fin, será siem-

pre el hermoso fanal de caridad, cuyos benéficos destellos iluminarán la frente de la familia para colmarla de alegrías, de virtudes y de bendiciones.

L. A. HERRERO.

Á NUMANCIA.

SONETO.

¿Do está de tu esplendor y poderío
La estrella refulgente y diamantina?
¿Do está la ardiente hoguera que adivina
En su delirio el pensamiento mío?
¿Por qué corren tus aguas, manso río,
Sin pintar en su gasa cristalina
Las torres de la intrépida heroína
Qué al fuego dieron su invencible brío?

Todo desapareció; pálidas flores
Esmaltan hoy tu trono solamente
Con sus tristes y débiles colores;

Todo desapareció; pero aun luciente
Se agita el resplandor de tus fulgores
Y aun tiembla el sol al coronar tu frente!

CONSTANTINO GIL.

GALERÍA HISTÓRICA.

XVIII.

BLANCA DE BORBON.

Castilla, tras el brillante reinado de Alfonso el Onceno, comenzó á vislumbrar aquella dislocación moral que en su cuerpo político había de efectuarse durante la dominación del Rey D. Pedro I.

Diez y siete años contaba aquel monarca, objeto de tan diversas y encontradas opiniones, cuando entre la Reina madre y el señor de Alburquerque se concertó, con licencia por supuesto de los tres Estados del reino, casar al joven soberano con una sobrina de Carlos V de Francia, llamada doña Blanca, é hija del duque de Borbon.

Solicitada la mano de esta doncella, y conseguida esta petición, firmáronse los esponsales precipitadamente entre los embajadores de Castilla, el padre de la joven y el monarca francés, y todo quedó concertado; mas circunstancias estrañas difirieron por entonces, y desgraciadamente, la venida de doña Blanca á reunirse con su prometido. Decimos des-

graciadamente, porque en el intervalo de aquella detención obráronse, así en el ánimo de D. Pedro como en Castilla, cambios importantes, y que mucho habían de influir para la desventura de aquella pobre niña á tan crueles sucesos destinados.

El Rey de Castilla había desplegado ya toda la fuerza de un carácter violento, osado é irascible: las pretensiones de aquel semillero de bastardos, siempre altivos y orgullosos, con pretensiones al trono sembrando en derredor de su legítimo soberano la discordia y la traición, consiguieron endurecer el alma del Rey hasta el punto de convertir al león en tigre sangriento. La ruda aristocracia, vestida aun con la brutal corteza del feudalismo, no pudiendo sufrir aquel coloso de firmeza que, sentado en el trono, amenazaba concluir con todas sus tradicionales altiveces, coaligóse también en revueltos bandos, y D. Pedro, fiero y valiente, se halló en medio de un mar inquieto y terrible que rugía amenazando envolverle.

Alfonso Coronel muere á manos de los maceros de D. Pedro entre las ruinas de la rebelde villa de Aguilár, y como hacia trece años que en idéntica forma había perecido el Maestre de Alcántara de orden de Alfonso XI, veintinueve caballeros siguen la sangrienta suerte del altivo infanzon, y el monarca de Castilla, dando treguas á sus venganzas, prendado de la hermosura extraordinaria de una mujer que á su paso para Asturias había encontrado en la casa solitaria de uno de sus vasallos, cae rendido de amor á las plantas de la preciosa Maria de Padilla.

Terrible, impetuosa fué la pasión que la bella castellana hizo brotar en el corazón de D. Pedro; subyugado este por las floridas cadenas de un amor dulce, y hasta entonces para él desconocido, amó con la misma fuerza que aborrecía, y entregóse de lleno en brazos de su manceba.

Un rayo vino á herirle en medio de su felicidad; este rayo fué la noticia de que la princesa doña Blanca, su desposada, se hallaba ya en Castilla acompañada de una brillante hueste de caballeros franceses, y que en Valladolid le aguardaba.

Intentó el Rey ver de quebrantar sus compromisos con aquella mujer que no conocía, á quien le habían unido por razones de Estado; pero el ambicioso Alburquerque, que se prometía grandes triunfos con el casamiento del Rey, espuso á este con solicitud lo peligroso que sería romper con Francia, y lo imposible de rechazar á doña Blanca, á quien

en el reino apellidaban ya *soberana*. Dejose convencer D. Pedro, y trasladando á la Padilla al castillo de Montalvan, se dirigió á Valladolid, donde en presencia de la nobleza castellana y los enviados franceses, con toda pompa y solemnidad, celebró su matrimonio con Blanca de Borbon.

Pura y sencilla como la tierna clavellina silvestre, sonreía aquella jóven infantil, para quien todo era sueños de amor y felicidad. Ajena á cuanto le rodeaba, ella no veía más que su presente sonrosado, y su corazón se agitaba venturoso, mas ¡cuán presto había de ser trocada su ventura por la realidad más desgarradora!

El corazón de D. Pedro no se contentaba con el cariño dulce y tranquilo de aquella alma adormecida; necesitaba respirar la atmósfera de fuego de sus pasados delirios, y la triste doña Blanca, al tercer día de su casamiento, lloró con amargura la ausencia de su cruel esposo, que, abandonándola á eternos lutos, volaba á reunirse con su antigua querida.

Fugaz brilló la esperanza en el pecho de la desgraciada princesa: ella adoraba á D. Pedro, y este, olvidando sus más sacrosantos deberes, lejos de recompensar tanto amor, parecía recrearse en hundir á aquel ángel en un abismo de celos, de desprecios y desventuras.

Un grito de indignación se alzó en Castilla á favor de la inocente Blanca. Los leales vieron en la conducta del rey una infamia, y los enemigos de D. Pedro un nuevo motivo de venganza.

El monarca, entregado á sus amorios y locuras, no tardó en escuchar el terrible clamor que de un próximo cataclismo le amenazaba, y originado por aquella multitud de bandos y de traiciones que brotaban á las gradas del sòlio.

Doña Blanca, condenada á llorar su desdicha, encerrada en el alcázar de Toledo, y desde él conducida al castillo de Sigüenza; causa inocente en parte de aquellas convulsiones políticas, adivinó desde las rejas de su oscura prision la lucha desesperada del Rey contra sus enemigos, los sangrientos crímenes que marcaban las huellas de D. Pedro, el cúmulo de nefandos hechos, manchas indestructibles que envejecen las páginas de la historia del Rey de Castilla.

Un día la infeliz princesa es trasladada á la fortaleza de Medina-Sidonia; estremécese el corazón de aquella niña al penetrar en la lóbrega estancia que había de ser su última vivienda en el mundo; allí,

en una horrible noche, merced al cruel mandato del feroz monarca, la jóven y repudiada doña Blanca exhaló su postrer aliento, villanamente envenenada.

Su alma de ángel, al romper las cadenas de la humana vida, voló á gozar en las mansiones eternas de la paz y ventura que el mundo le había negado.

Crímen horrible, el más fiero que ensangrienta las manos del Rey de Castilla, de aquel soberano á quien la época y las circunstancias precipitaron en la série de maldades con que aun hoy se estremecen cuantos fijan la mirada en las páginas de tan tumultuoso reinado.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

NOSTALGIA.

Yo moriré besando la tierra en que nací.
(B. VICARIO.)

Ausente de mi patria, suspiro noche y día,
Y no hallo en mi tristeza consuelo para mí:
Las sombras de la noche aumentan mi agonía,
Y el alba me sorprende pensando siempre en ti.

Las flores que me cercan perdieron su belleza,
Marchitas las contemplo sin galas ni color,
Y al verlas yo suspiro, y aumenta mi tristeza
El cántico sentido del pardo ruiseñor.

El lánguido murmullo del azulado río
Me trae á la memoria el tiempo que pasó:
Las horas de mi infancia que huyeron ¡oh Dios mío!
Veloces cual las ondas que miro lejos yo.

Y todo me recuerda las perfumadas flores,
Las brisas, los encantos del suelo en que nací;
Mis horas de ventura, mis púdicos amores.
Las dulces ilusiones que me forjara allí.

Por eso sin consuelo suspiro noche y día,
Y no hallo en mi tristeza consuelo para mí.
Las sombras de la noche aumentan mi agonía,
Y el alba me sorprende pensando siempre en ti.

Ausente de tu lado padezco hondo martirio,
Y sufre horriblemente mi pobre corazón;
Mas pienso en ti, y al punto se calma mi delirio,
Y es ¡ay! porque te adoro con férvida pasión.

Llebadme sin demora hácia la patria mía;
Llebadme, que termine el mal que siento aquí,
Y si consuelo no hallo, dejadme en mi agonía,
Que muera yo besando la tierra en que nací.

Marzo 1864.

CÁRLOS CANO Y NUÑEZ.

MARIQUILLA LA IDIOTA.

(Continuación.)

La que figuraba ser mayor tenía igual estatura que su hermana. Eran las dos altas, de delgada cintura, de anchos hombros, de pecho levantado y hermosa garganta, de ojos pardos, y salvajes en el mirar, pero de una hermosura prodigiosa; pues sus pestañas, si se entreabrian, formaban un marco rizado al ojo, y si se inclinaban al suelo parecían brillantes cortinas velando una niña hermosa.

El color de ambas jóvenes era blanco y rosado como las primeras rosas que adornan las Santas Cruces de Mayo; su nariz de una perfección griega, y sus bocas pequeñas como un juguete, y sin embargo de tanta belleza, había algo en aquellos rostros que indicaba dureza y crueldad, desden y soberbia.

El labio superior de aquellas bocas tan bonitas, adornadas de dientes como perlas, era burlon y atrevido.

Y sus hermosas frentes se tiraban atrás con orgullo, como diciéndoles á los admiradores:—¿Verdad que somos hermosas?

Pero como la falta de modestia es antipática al corazón, y produce rechazo á la inteligencia, nos causó desagrado su altanería.

—¡Vamos, vamos, Mariquilla! dijo una de ellas con acritud, que pareces una tortuga según el paso que traes.

Mariquilla aligeró el paso é hizo muchos esfuerzos por llegar pronto hasta sus hermanas, sonriéndoles con dulzura, así como á los caminantes que nos habíamos detenido delante de la capilla.

La niña traía la boca entreabierta, y su respiración era tan débil como agitada.

Su pálido color revelaba su contestura enfermiza; pero sus ojos azules parecían formados con la creencia de todas las virtudes imaginables.

Había en ellos sencillez, rubor, compostura, resignación y esperanza, sin que el cuerpo contrahecho que coronaban tan lindísimos astros pudiera quitarles nada de su belleza y originalidad.

Cuando llegó hasta nosotros ente tan bonito, nos aproximamos voluntariamente á él, y echamos uno de nuestros brazos en su hombro con la mayor familiaridad.

La espresiva niña alzó los ojos y nos miró sin extrañeza alguna; y después de levantado su brazo derecho, estendió la mano, señalándonos á San Jor-

ge con una dulce y significativa sonrisa que nos quería decir:

—¡Mira, mira el que hace los milagros!

—¿Están vivas las arañas que le rodean? le preguntamos con esa confianza é intimidación de los niños, aunque se vean por primera vez.

La niña inclinó la cabeza con respeto, diciendo que sí.

—¿Y por qué no se mueven? insistimos con afán.

La niña miró con espresión al Santo, y después nos señaló el cielo, y en su gesto espresivo creímos que nos decía:—Porque Dios ha concedido á este Santo el privilegio de detener cuando quiere esos bichos venenosos é inmundos que nos causan tanto horror.

—Yo no creo que estén vivos, volvimos á replicar, cada vez más admirados de la inmovilidad que tenían.

La niña dió un salto con agilidad para coger uno y que nos desengañásemos; pero la mayor de sus hermanas descargó un fuerte golpe en sus espaldas, diciéndole llena de ira:—¡Darás lugar á que te mate un día!

—Déjela Vd., la dijo nuestra madre, reprimiendo difícilmente su indignación.

—Sin pellejo la dejaré, contestó la descarada joven, sacudiendo con dureza el brazo derecho de la niña para hacerla entender sus amenazas.

La infeliz se hincó de rodillas, y juntando sus manecitas sobre el pecho, dió un gemido profundo, que quería decir:—¡Perdon, perdon, hermana mía!

Entonces la irritada joven la desvió con desprecio de sí, y deshaciendo uno de sus abundantes rizos que caía demasiado sobre su rostro, se puso á enroscarlo entre los dedos, colocándolo luego en su sien, y pasándole una larga orquilla con la mayor serenidad y descaro posible.

—¿Es hermana vuestra esa niña? le preguntó mi madre con un tono particular, que revelaba su comprimido enojo hacia la joven.

—¡Sí, señora! ¿Y qué? respondió con bastante descortesía la interpelada, porque había conocido el mal efecto que había producido su acción.

—Es mi hermana; pero la castigo porque lo merece, porque es una holgazana, una torpe, una respondona desagradaída.

—¿Pues no es muda la infeliz? la dijo mi madre.

—¡Sí, sí! Muda como la veis, habla mas que es menester, contestó con acritud.

—¿Y nació sin habla?

—¡Quiá! no señora; á los tres años hablaba ya; pero trajeron un día á mi padre herido, ella lo vió, ó más bien tiraron el tiro que le dió en el pecho, delante de esa niña, y dió un grito espantoso, cayó de espaldas, y no ha vuelto á hablar despues ni una sola palabra.

—¡Qué dolor! exclamó mi madre conmovida.

—Pero lo peor es que se quedó tonta como veis; por eso la llaman *Mariquilla la Idiota*, y nos da mas que hacer con sus tonterías que veinte hermanas que tuviéramos por ella.

—¿Pues qué hace la infeliz? insistió mi madre conmovida.

—¿Qué hace? Esa es historia larga de contar, señora; pero todos los días nos pone en compromisos endiablados.

Figuraos que no podemos descuidarnos con el arca del pan porque se lo come todo.

—¡Qué! si no es eso, Rosario, dijo interrumpiendo á la jóven la otra hermana, que no había hablado aún; es que lo da á los vecinos. ¿Verdad, buena pieza?

—Sí, contestó la niña con la cabeza y abriendo la boca y haciendo un gesto de dolor, quiso decir: porque tienen hambre.

—Luego despues, continuó la acusadora de la niña, estravia cuantos zapatos la compramos, y va, como veis, con los piés desnudos, hecha una miseria, una vergüenza, una horrible espantosa.

—Pues ya he descubierto lo que hace del calzado: se lo da á la hija de Cecilia, porque tiene llagas en los piés y no puede ir descalza, dijo la otra hermana.

—Pues yo la mataré en cuanto la compre otro y haga lo mismo; que no estamos aquí para gracias por el estilo. ¡Vamos, picaronaza! ¡Vamos á seguir el camino! ¡Y cuidado con que te hagas la remolona! ¡Como no andes, verás lo que te pasa!

—¡Dejadme esa niña! dijo mi madre casi llorando y aproximándola á su pecho. Va descalza y no puede andar, nosotras la llevaremos.

—¡Pues no faltaba más! ¡Como no lleva Vd. niñas!

—¡Por esas las amo! contestó mi madre conmovida.

—Porque no serán tontas como esta, dijo con desagrado la hermana mayor.

—¡Sí! ¡sí! También mis hijos hacen esas tonterías. Yo procuro enseñárselas siempre que puedo; pero lo que se aprende, jóven, no lleva el mérito de la originalidad. Acordaos de lo que voy á deciros: esa niña

no es idiota como creéis, es un ángel de consuelo que no habeis comprendido. ¿Quereis dármele para siempre?

—¡Yo dar á Mariquilla! exclamó su hermana riendo estrepitosamente; ¡pues no está mala la idea! Señora, Mariquilla, por más que sea tonta, no es un perro ni un gato que se dá á nadie, es nuestra hermana, ¿lo entendéis? Y nos la dejó nuestra madre muy recomendada. Si se la pega ó se la riñe es por su bien, y nadie tiene que ver en ello.

¡Conque queden Vds. con Dios! Salud y mucha vida, y gracias por la propuesta, señora.

Y echó á andar con altanería, cantando la siguiente copla:

«Á mí no me asusta nadie
Con su grandeza sin tasa,
Que aunque no nací marquesa,
Soy la reina de mi casa.»

Y la hermana, como contestándola, empezó también á cantar, un tanto más moderada en su acento, pero no menos resuelta en el decir.

«Mande en su casa el que quiera
Y á mí no me cause daño,
Porque cada cual, señora,
Hace de su capa un sayo.»

—¡Buen par de locas están! dijo el cosario que nos acompañaba; pero ¡son tan bonitas! ¡Caramba! ¡Son tan bonitas!

Y el buen hombre estiraba los ojos para verlas mejor, repitiendo á cada momento: ¡Son tan bonitas!...

¡Hé aquí los hombres! lo mismo el rudo campesino que el encumbrado palaciego, no ven la fealdad del alma tras de un rostro encantador.

La infeliz niña seguía penosamente á sus hermanas, y estas iban alegres y gozosas, pensando en que eran bellas únicamente.

Los hombres que las veían pasar tan airosas y encantadoras las decían mil flores, sin ver las espinas de su mal corazón.

Nadie reparaba en la enfermiza criatura que las seguía, pálida como la muerte; pero siempre resignada y dulce. ¡Pobre María! ¡Pobre niña sin ventura!

II.

Los años fueron corriendo por nosotros, y no

volvimos á saber de *Mariquilla la Idiota*; pero en el pasado otoño, visitando la capilla de San Miguel el alto de Granada, encontramos un venerable sacerdote, que, de pié sobre uno de aquellos cerros que rodean la ermita donde se conserva la celebrada imagen del Arcángel más bello que contemplaron los ojos, dirigía absortas miradas á la bella ciudad que, tendida á sus piés, parecía una Sultana dormida en un tabanquillo de olorosas flores.

El aspecto de aquel ministro del Señor era noble y majestuoso, y en su calva y ancha frente se dibujaban ciertas rayas que indicaban una meditacion y un estudio profundo.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

LA CATARATA.

Trepad á la montaña que la oculta:
El sol teñido de cristales guarda,
Baña de luz el horizonte inmenso,
Rayos tendiendo por su rica espalda.
Ligeras corzas los senderos cruzan,
Y en las ramas salvajes
Las aves en canora muchedumbre
Tremolan sus magníficos plumajes
Del sol bebiendo la flotante lumbre.
Divina garza que á la blanca nieve
Afrenta altiva con rizada pluma,
Allí los torzos de cristales bebe
Y erguida bate la encantada bruma.

Vedla, ahí está sus brazos desprendiendo
Con la espantosa fuerza de un torrente,
Duras peñas barriendo
Al empuje que vierte su corriente:
Indómita saltando

De roca en roca de erizadas puntas
Con gemidos tronantes rebramando.

Vedla crecer en rauda torbellino
Ola tras ola con sonoros tumbos
Gigantesca elevarse en su camino
Entre el flotante tul de la humareda,
Como rugiente tromba
Del aquilon batiente sacudida
Y en el espacio con furor mecida.

Vedla crecer: su diamantina frente
Las negras nubes hasta el cielo empuja;

Y los trozos de cristal suben hirviendo,
Y unos tras otros sin cesar llegando
Van los vientos hendiendo,
Las esferas salvando,
Y en tan continuo y fiero movimiento
Chispas de luz al infinito tocan,
Sedientas de escalar el firmamento,
Que hasta el poder del Hacedor provocan.

Ese es el hombre: misera criatura
Que vomitó la tierra macilenta:
En crecer se apresura
Al horrible compás de la tormenta,
Y corre con afán, se agita, trepa,
Salva las nubes, y en continua danza
Mientras mas tiende el vuelo
Mas arriba le quiere su esperanza.

Ambicioso sin fin, alza los ojos
Al pabellon azul que el sol tachona:
Esos colores rojos
Sirven á Dios de espléndida corona.
Los volcanes hirvientes,
Las montañas de espuma,
Cascadas y torrentes,
Nada son, hombre vano,
Del Señor al aliento soberano.

Mas es bello mirar la catarata
Desplomarse á la luz del grato día,
Y en festones saltando transparentes
Con sonora armonía,
Es grande verla amenazar al cielo
Para robar su encantador tesoro,
Y luego sobre el suelo
Caer cerniendo como lluvia de oro.

A. HURTADO.

EL MIEDO.

Es muy sabido que todos los efectos son producidos por una causa, pero muchas veces desconocemos completamente las causas, por más familiares que nos sean sus efectos. En este caso el hombre, para satisfacer su vanidad de querer explicarlo todo, llama causa á lo que solo es efecto.

La avaricia y la ambicion son casos particulares del egoismo; mas no sabemos de qué dimana el ser egoísta, porque esta pasión, que es el vicio de querer que sea únicamente para sí lo que tambien debe ser para los demás, está en contradicción con el interés

general; y no pudiendo el hombre vivir completamente aislado de los otros hombres, necesita que haya armonía en el bienestar de la sociedad, de la cual él forma parte.

La razón natural le demuestra que nadie tiene derecho á lo supérfluo cuando hay otro que carece de lo necesario. Y, sin embargo, vemos que el egoísmo afecta á la mayor parte de los hombres.

Esta contrariedad que se nota, por ejemplo, en este vicio, hace que la filosofía no pueda hacer mas que darle un nombre, explicarle sus efectos, variedades y consecuencias, atribuyendo á cosas conocidas resultados de otras que no lo son. En efecto: nos dicen que la avaricia es ocasionada por la pobreza absoluta ó relativa del avariento; y suele acontecer que el avaro se afana por menos de lo que tiene en dinero, y el ambicioso por un lauro ó mando inferior al que ya posee. Por manera que no basta ser rico para no tener avaricia, ni el ser grande para no tener ambición. La pobreza podrá ser la parte ocasional y estimulante de estos vicios, pero no es la causa predisponente de la pasión en principio.

Lo mismo que con la avaricia y con la ambición acontece con el miedo; sabemos lo que estimula á tenerlo, mas ignoramos lo que nos predispone. Lo cual equivale á decir que se sabe lo que alimenta á esta pasión y no lo que la motiva. Por esto en este artículo solo nos concretaremos á describir el miedo, explicando sus resultados sin remontarnos á los elementos que puedan constituir su origen.

El miedo consiste en la perturbación del ánimo, ocasionada por la aprensión de algun peligro real ó aparente. Es tambien el recelo ó temor que uno tiene de que suceda alguna cosa contraria á lo que se deseaba.

Este efecto principia á mortificar el ánimo desde los primeros años de nuestra existencia.

Apenas un niño comienza á conocer, cuando para que no altere el silencio con sus sollozos, su madre le hace creer en la existencia de un fantasma ú otra cosa que le amedrenta, concibiendo que puede causarle grave daño.

Todos los objetos, tanto los animados como los no animados, bien sean materiales ó imaginarios, sirven para ello; así sucede que se infunde miedo á un niño con solo mostrarle la cara de un negro, un perro, un toro, un cuarto oscuro, el tronco de un árbol grueso, ó diciéndole que lo cogerá un duende, una lamia ú otro ente extraño.

Al paso que el niño va creciendo se le estingue el miedo de las cosas inanimadas, si no le ofrecen fundadamente peligro, sospecha ó recelo de causarle daño; como caer en un río si marcha junto á la orilla, naufragar si se embarca, ó hace otra cualquier cosa en que corra riesgo de alcanzar algun mal. A las cosas animadas conserva mas el miedo, como temer á las autoridades, á las personas fuertes y valerosas, á los animales feroces, y á todo aquello que tiene presunción que puede perjudicarle.

Este temor puede considerarse fundado; nada extraño y muy natural que le tenga.

El miedo á los seres fantásticos, tomado desde la niñez, raras veces se estingue; con más ó menos intensidad dura lo que la vida del medroso. El temperamento y la educación lo disminuyen ó acrecen considerablemente. La imaginación lo aviva, por lo que se ve padecer miedo á algunos hombres notables. El poeta Juan Arolas, hallándose en cabal estado de salud, hizo que un amigo suyo durmiera muchas noches en su cuarto por el miedo que le causaba el recuerdo de un moribundo á quien él como sacerdote habia asistido en los últimos momentos.

En los siglos trece, catorce y quince, época en que el idealismo y las supersticiones estaban en su apogeo, se temia mucho pensando en apariciones de almas, de brujas, diablos y otros seres, las más veces fantásticos. De esto resultaban alucinaciones asombrosas é indescribibles. La alucinación atacaba indistintamente á muchos individuos de ambos sexos, edad y posición social; mostrándose mas pertinaz en los niños y en los viejos.

El alucinado veia imágenes de naturaleza divina ó humana, sombrías ó brillantes; de formas bellas, monstruosas, de diferente magnitud, contorno, color; fijas ó movibles, las cuales le causaban consuelo, placer ó pavor, segun lo que pensaba de la aparición; muchas veces hablaba con los aparecidos y creia que le revelaban el porvenir de algunas cosas; teniendo por revelación todos sus pensamientos y hasta sus deducciones.

Algunos autores antiguos creyeron que la alucinación era un caso particular de la locura producida muchas veces por el miedo; pero los franceses modernos afirman que solo es el error de los sentidos y de la inteligencia, que, escitados por una causa cualquiera, se figuran ver lo que no existe, y tienen por verdadero lo que es falso, y que puede existir la

alucinacion estando el individuo en estado de completa razon.

De todos modos, el temor predispone á tenerla.

En nuestros días ha desaparecido mucho la pasion del miedo fantástico, y por consiguiente son raras las alucinaciones que se padecen. No obstante, habrá unos cuatro años que ocurrió una que fué en extremo desastrosa: En uno de los pueblos del Maestrazgo de Montesa, en la provincia de Castellon, habitaban en una casa de campo un matrimonio con tres hijos de quince, trece y ocho años de edad respectivamente. Un curandero llamado Fabregat les hizo creer que el padre tenia á Luzbel en el cuerpo, la madre á Satanás, y las tres hijas á otros espíritus malignos; que ninguno de la familia quedaria bueno sin que el padre fuese despedazado y quemado.

En una noche de invierno, oscura, que los vientos mugian fuertemente y las nubes se desataban en una copiosísima lluvia, se encontraba el padre con su mujer y sus tres hijas calentándose junto á la lumbre. Sabe Dios la conversacion que entre ellos mediaría y los cuentos de brujas que debieron contar, que todas las mujeres se poseyeron de un pavor horrible y pasmoso.

La madre y las hijas se pusieron á rezar el rosario, y quisieron obligar al padre á que se santiguara; este no quiso hacerlo; aconteció que la violencia del viento hizo abrir una puerta: la madre llena de espanto se alucinó de tal modo que creyó ver en su marido al demonio, y que la obligaba á batirse con él; tomó un hacha de astillar leña, que por desgracia habia allí cerca, y principió á darle fuertemente con el filo, dando gritos que era el diablo; alucináronse tambien las hijas y poseídas de la misma idea ayudaron á la madre hasta dejar al padre cortado en pedazos.

Tuvieron los tribunales de justicia noticia del hecho, y aquellas infelices que nunca habian sido criminales, ni tenian prevencion alguna contra el victima, fuera de lo dicho, dijeron y se ratificaron en sus declaraciones, que el demonio las habia obligado á batirse con él.

Seguida la causa por todos sus trámites, antes de dictarse sentencia ejecutoria, fallecieron la madre y la hija segunda. La Sala primera de la Audiencia territorial de Valencia, en vista, condenó al curandero Fabregat á nueve años de presidio mayor, declarando exentas de responsabilidad criminal á las otras dos hijas, pero mandando que la mayor fuese puesta en

observacion en un establecimiento de dementes, con la debida separacion, hasta tanto que los facultativos declarasen estar esta en el cabal goce de sus facultades intelectuales.

El curandero suplicó de la sentencia de vista, y la Sala segunda le condenó en este grado á quince años de cadena, lo que se llevó á efecto, así como los demas extremos que causaron ejecutoria.

Es indudable que aquel efecto sangriento fué producido por el miedo, el cual originó una alucinacion preparada por los dichos de Fabregat.

La supersticion siempre ha sido el origen de esta clase de miedo, y para evitarlo conviene que la doctrina religiosa que se dé á la juventud se procure mas fortalecer el espíritu con la moral cristiana, que aterrarle con los castigos temporales y eternos.

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

CANTARES.

¡Anda con Dios, mala hembra,
Á buscar otros quereres,
Que como yo hay pocos hombres,
Como tú muchas mujeres!

Camino de mi calvario,
Voy con angustias muy grandes,
Unas que las sabe el mundo,
Otras..... ¡solo Dios las sabe!

Las fuentes van á los rios,
Los rios van á la mar,
Los suspiros de mi pecho.....
¡Tú sabes á dónde van!

Las fuentes van á los rios,
Los rios van á la mar,
¡Dónde irán mis esperanzas,
Dueño mio! ¡dónde irán!

Llamaste á mi corazon,
Te dijo «puedes entrar;»
¡Cuando has querido salir
Lo has roto al ir á pasar!....

Me dicen que estoy ya loco
Tú me robas el sentido,

¡Porque hay un mar de amargura
De tu corazon al mio!...

Dices que soy mal cristiano
Porque no voy á la iglesia,
¡Pregunta á tu corazon
Quién me robó mi creencia!

Con lágrimas en los ojos
Me dijiste: «No te quiero;»
Con lágrimas en el alma
Dije para mí: «Me has muerto!»

El valle de nuestra vida
Dicen es valle de lágrimas:
Es cierto: las vierten unos,
Y otros ... ¡hacen derramarlas!

El alma me duele ya
De no poderte decir,
Que sin ti vivo muriendo,
Y muero si vuelvo á ti.
Madrid 27 de Julio de 1865.

RAFAEL DE NIEVA.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda ha emigrado enteramente de las capitales, huyendo del calor; busquémosla en las playas ó en las aguas. Para estas dos especialidades se hallan á la órden del día las pasamanerías en cinturones de formas enteramente nuevas; magníficas cintas tambien para cinturones largos con dibujos nuevos; flores, golondrinas, cabezas de perro ó de caballo, y todas las fantasías de actualidad.

Asimismo pasamanerías en punto de Venecia, galones y presillas, perlas de acero, oro, cristal, guarnecidas de botones, todo notable por ese artístico sello tan preferido en el día por nuestras elegantes. La lencería ocupa un lugar preferente en la escala de la moda; los cuerpos blancos han reconquistado su antiguo favor por elegantes y cómodos. Los más nuevos son de muselina con vesta Figaro simulada, ya por medio de pliegues dispuestos al viés ó por entredoses, componiéndose el delantero de los mismos entredoses y pliegues, pero rectos.

Los trajes escéntricos y verdaderamente elegantes solo se hallan en las aguas: en las capitales reinan los trajes modestos en lana de fantasía, alpaca, nohair, linos, pelo de cabra, graneado, etc., con lo que se arreglan lindos conjuntos. Se dejan ver, principalmente en fondo blanco á rayas menudas, malva, cereza, verde ó azul. El foulard marcha á la cabeza. y luego la granadina lisa ó á cuadros, el tafetan de estío y los moarés punteados.

Las vestimentas suelen ser regularmente en tela igual, siendo las formas con mangas (paletot ó casa-ca muy corta) las más admitidas. Aun cuando hay alguna modificacion en las formas, existe la variedad en los adornos, llevando el azul la ventaja para este objeto.

Nada hay de nuevo con respecto á los cuerpos ó mangas de los vestidos; las faldas son mas anchas y con más cola que nunca, con la crinolina formando abanico, es decir, plana de arriba, y muy ensanchada de abajo.

Con respecto á los sombreros, la forma Imperio triunfa sobre toda la línea.

Hoy, que las enaguas de color se hallan eselusivamente reservadas para los trajes de *negligé*, nos creemos en el deber de describir dos enaguas de vestir que nos parecen de gran lujo y enteramente *comme il faut*. Son de percal fino, á pliegues horizontales, tres dando vuelta á toda la enagua, y veinte que remontan en forma de muletillas de distancia en distancia, encajonados por una doble tira piqueada, dividida con un entredos de guipure Cluny. Sobre el borde inferior lleva un volante encañonado adherido á dicha tira.

El segundo modelo va adornado con una ancha banda bordada, encajonada por dos entredoses de guipure Cluny. Dicha banda se halla interrumpida de distancia en distancia por un medallon rombo compuesto de nueve plieguecitos, y rodeado de un estrecho guipure. Un volante con guipure al borde, termina esta enagua.

Pasemos ahora á los trajes de baños de mar, citando desde luego uno en foulard blanco á rayas azules finísimas y muy espaciadas. En el bajo de la falda lleva una ancha tira de tafetan azul, encajonada en una presilla azul, con estrellitas de nácar. Dicha presilla sigue los contornos de la tira, denteada por ambos lados, y con una ancha estrella de nácar en cada diente. Completa este traje un pequeño paletot con capucha, en tafetan azul, muy adornado

con presillas y botones de nácar. El sombrero Incredible, es de paja de Italia, rodeado de una ancha trenza en terciopelo azul y cabos trenzados, descendiendo por detrás con un velo de tul blanco; por delante penacho blanco.

El segundo es de alpaca, blanco, colocado sobre tafetan azul, porque á despecho de los caprichos de la moda, el azul que adoptó Marzo se halla al presente en todo el apogeo de su triunfo. Este traje se halla guarnecido por abajo con un volantito azul, y luego drapeado en forma cuadrada por delante, enteramente como las túnicas drapeadas. Tres elegantes pasamanerías azules y blancas lo levantan por delante, formando arabescos con borlas descendentes sobre la falda azul. La casaca igual en alpaca blanca, es muy ajustada, con vueltas y recogidos de tafetan azul, y también pasamanería. Termina este traje un cinturón en ancha cinta azul, sobre la que se destaca una bandada de golondrinas, cuyo cinturón se coloca según lo exige la moda, sobre la casaca, descendiendo por detrás en largos cabos flotantes. Casquete de paja de Italia, con golondrinas por delante y velo de tul azul.

Últimamente, un tercer traje que se compone de una falda encarnada, bordada de acero. El vestido es de linón gris plata, drapeado sobre todas las costuras, con una muletilla encarnada, botoneada de acero. El pequeño paletot es forrado de encarnado, con una capucha sumamente coqueta. Luego una toca en paja gris, con pluma encarnada: completa este traje, que si bien parecería escéntrico en una ciudad, entra en los baños de mar en la categoría de las cosas perfectamente posibles para todas las bellas que reúnan juventud y elegancia.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO

DE DIBUJOS.

PRIMER LADO.

Números 1 y 2. Cuello bordado aplicacion sobre tul, y puños iguales.

Núms. 3 y 4. Mitad de un juego de cuello y puños: bórdase á plumetis.

Núms. 5 y 6. Mitad de otro juego de cuello y puños.

Núms. 7 y 8. Juego de cuello y puños, soutache, plumetis y guipur.

Núms. 9 y 10. Cuello y puños de tela doble, con las puntas bordadas á plumetis.

Núm. 11. Esquina de pañuelo, bordada á plumetis en aplicacion sobre tul.

Núm. 12. Punta de pañuelo, á plumetis y punto de armas.

Núms. 13 y 14. Gorra de tres piezas, para niño recién nacido.

Núms. 15 y 16. Dibujo soutache para guarnecer un vestido de muselina.

Núm. 17. Dibujo soutache, con perlas de acero.

Núm. 18. Dibujo soutache para trajes de niños.

Núms. 19 y 20. Zapato de tela, bordado en soutache para niño.

Núm. 21. Babero de piqué para niño.

Núms. 22, 23 y 24. Entredoses á plumetis.

Núms. 25 al 29. Tiras bordadas á plumetis para guarnecer camisas.

Núms. 30 al 34. Nombres.

Núms. 35 al 38. Escudos para pañuelos.

Núm. 39. M.S. enlazadas.—40. J. N.—41. D. M. C.

Núms. 42, 43 y 44. Labores.

Núm. 45. Punta de pañuelo.

SEGUNDO LADO.

Patrones.

Patron de un cuerpo con aldetas, para traje de calle.

Patron de un ala de sombrero, para señora.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redacción y Administración

Concepción Geronima N.º 13 Pral Derecha

Ayuntamiento de Madrid

